



*Y el mono se convirtió en hombre...*  
*La crítica del “evolucionismo católico”*

*Y el mono se convirtió  
en hombre...*

*La crítica del “evolucionismo católico”*

*Raúl O. Leguizamón*



Universidad Autónoma de Guadalajara  
Guadalajara, Jalisco, México

Primera edición Nueva Hispanidad, Buenos Aires,  
República de Argentina, 2001

Coordinación de edición y diseño de portada  
*Miguel Angel Limón Ornelas*

Coordinador de producción  
*Eduardo Miranda Ortega*

Corrección  
*María Félix Lozano Vidal*  
*Ana Silvia Madrigal López*

Diseño de interiores  
*Luis Antonio López García*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier forma, ya sea mecánica, eléctrica, electrónica u otro medio de almacenamiento de información sin la autorización previa por escrito del editor.

©Copyright  
Derechos Reservados  
Segunda edición  
Febrero de 2006  
folia universitaria  
Universidad Autónoma de Guadalajara  
Avenida Patria 1201  
Colonia Lomas del Valle  
Código Postal 45129  
Guadalajara, Jalisco, México  
Teléfono (01 33) 3648 8824 extensión 32654  
folia@uag.mx  
www.folia.uag.mx

Impreso en México  
*Printed in Mexico*

# Contenido

Introducción .....	9
El meollo de la cuestión .....	11
Las distintas posturas .....	13
El mito de los dos evolucionismos .....	15
Evolucionismo y finalidad .....	19
Evolucionismo y monogenismo .....	25
Evolucionismo e hilemorfismo .....	33
Los evolucionistas contra la evolución .....	41
Y ya que estamos especulando... ..	45
El sofisma del tiempo .....	49
La falacia de los organismos intermedios .....	51
La cuestión del superhombre y el problema de la redención .....	63
¿Perfección y luego pecado, o pecado y por ende perfección? .....	67
¿Teoría científica o cosmovisión? .....	73
Lo que está finalmente en juego .....	77
Evolucionismo y nueva era .....	81
Reflexiones finales .....	85
Anexo .....	89

*«Nuestra época tiene ídolos venerados: Moloch, Mammón, Priapo.  
Debemos agregar Belfagor, el demonio de la confusión mental»*

*Giovanni Papini*

# *Introducción*

No es el propósito de este opúsculo analizar la validez científica de la hipótesis evolucionista, tema que ha sido objeto de otras publicaciones.

Lo que nos proponemos en estas páginas es aportar elementos de juicio para ver si es posible –desde el punto de vista especulativo– armonizar la hipótesis evolucionista, con la Revelación Cristiana de la creación del hombre por parte de Dios. Pues un error profano –como creemos es el caso de la hipótesis darwinista– puede tranquilamente ser compatible con las verdades de la Revelación, en tanto no afecte el contenido de esta última.

Para ello aceptaremos –a los fines del argumento– que la hipótesis evolucionista es científicamente válida. Es decir, que puede explicar satisfactoriamente el origen de la vida a partir de la materia inanimada –por la sola acción de las propiedades inherentes a la misma– como así también el origen de todas las especies vegetales y animales –incluido el hombre– a partir de una o unas pocas formas vivientes originales, mediante cambios al azar en el código genético, sumados a la acción de la selección natural.

Obviamente. Si la hipótesis evolucionista no es científicamente válida —como creemos— el planteo no tiene sentido. No obstante, como numerosos autores aceptan el evolucionismo como un hecho establecido o una teoría demostrada, o al menos, como una hipótesis digna de consideración y dada la trascendencia del tema, entiendo que es pertinente entonces realizar este planteo.

Creo innecesario recordar al lector que esto no se trata de una mera cuestión académica, pues el «hecho» o «teoría» de la evolución —con sus inevitables consecuencias filosóficas— está incluida con carácter *obligatorio* en los planes de estudio a todos los niveles. Consulte el lector además cualquier libro de texto de Biología y allí verá que el tema es tratado en forma tal, que no le permite al alumno —ni tampoco al profesor— la menor posibilidad de tomar una *postura crítica* tan siquiera, frente al dogma darwinista.

## *El meollo de la cuestión*

*E*l problema capital en el conflicto entre el evolucionismo y el Cristianismo se plantea en relación al origen y la naturaleza del hombre. Como la hipótesis evolucionista, al igual que el Cristianismo, realizan afirmaciones muy concretas en este sentido, nuestro análisis se centrará en este punto.

Antes que nada, es imprescindible delinear las distintas posturas en relación a este tema, pues aquí reina una confusión de tales dimensiones, que no son muchos los que saben realmente de qué están hablando. Confusión creada por los propios autores evolucionistas, en parte por el merengue que tienen en el caletre y también, en buena medida, como una forma de *evitar la refutación*. Pues una hipótesis *vagamente definida*, no puede ser sometida al rigor de la contrastación experimental ni tampoco a la crítica del razonamiento lógico.

Esto es por cierto una herencia directa de Darwin, quien era un maestro en el arte de «zafar», mediante la ambigüedad en el uso de los términos y el argumento —absolutamente anticientífico— de apelar a la «no imposibilidad» de la ocurrencia de un fenómeno. Cuando la ciencia se basa, precisamente, no en establecer la *posibilidad* sino la *probabilidad* de un fenómeno.



## Las distintas posturas

**P**or una parte están aquellos que sostienen enfáticamente que no existe, ni puede existir, el más mínimo conflicto entre ciencia y fe, y más precisamente entre el evolucionismo y el Cristianismo.

Estas tranquilizadoras afirmaciones aparecen en casi todos los libros de texto para escolares y son de tanto en tanto respaldadas por declaraciones de prominentes evolucionistas en el mismo sentido. Con lo cual muchos creyentes quedan con la impresión de que estamos en presencia de modernos escolásticos, de la más pura prosapia tomista.

Lo que estos autores olvidan decir, o lo dicen con la suficiente ambigüedad como para que pocos lo noten, son las *razones* por las cuales afirman lo que afirman. Pues la verdadera razón por la cual no puede ciertamente existir un verdadero conflicto entre ciencia y fe, es que *la Verdad no se puede contradecir a sí misma*. Que no es, desde luego, la razón por la cual muchos evolucionistas parecieran decir lo mismo.

La verdadera razón por la que estos autores afirman la inexistencia de un posible conflicto entre el evolucionismo y la religión, es que para ellos, la ciencia (o sea el evolucionismo) y la fe, están en *distintos planos*, y por consiguiente no pueden colisionar.

Pero esto es filfa, como decía el Padre Castellani. Ambos, ciencia y fe, están en el *plano de la Verdad*.

Difieren en sus métodos y en su objeto formal. Pero no en los «planos». Por eso que no sólo es posible sino eventualmente ineludible la colisión.

Lo que sucede es que para los autores que así se expresan, la ciencia es *conocimiento* y la fe es *sentimiento*. O, para decirlo de otra manera, la ciencia es *verdad* y la fe, *fantasía*.

La inmensa mayoría de los evolucionistas de relieve en el mundo sustentan esta postura.

Están también los que sostienen que no sólo no existe el más mínimo conflicto entre el evolucionismo y el Cristianismo, sino que la evolución sería el mismísimo plan salvífico de Dios (!), que no se llevaría a cabo merced a la inmolación del Hijo de Dios en la Cruz (como uno creía en los tiempos de la «pre-historia» de la fe), sino que, gracias a la evolución, el Dios «cósmico» nos va llevando a todos, creyentes y no creyentes, justos y atorrantes, a la consumación final del punto Omega teilhardiano —cosmogénesis y cristogénesis mediante— en donde el «hacia-arriba» cristiano se incorpora al «hacia-adelante» humano, en la plenitud del mundo tecnificado y socializado.

Si algún lector piensa que estoy exagerando o deformando los hechos, lo remito simplemente a la lectura de las obras de Teilhard de Chardin y sus seguidores.

Por razones obvias, no analizaremos estas dos posturas, ya que ellas no constituyen en realidad intentos de armonizar evolucionismo y Cristianismo, sino que representan en ambos casos, la aceptación lisa y llana de la visión naturalista, inmanentista y materialista del evolucionismo, aderezada en el segundo caso con palabrería pseudopiadosa y pseudocientífica.

Lo que trataremos de analizar aquí —como expresé más arriba— será la posibilidad de armonizar la hipótesis evolucionista, con la Revelación Cristiana de la creación del hombre por parte de Dios.

## El mito de los dos evolucionismos

*H*echa esta aclaración digamos que es casi de rigor escuchar en nuestros días, de parte de muchos creyentes y en especial en ámbitos eclesiales, que existirían dos tipos de evolucionismos: uno radical, materialista, «de izquierda», por así decir, que sería por cierto incompatible con la fe cristiana. Pero que afortunadamente existiría otro evolucionismo, «mitigado», o «moderado», que sería no sólo compatible con la fe cristiana sino, incluso, mucho más revelador de la magnificencia y sabiduría divinas, que esa postura «estrecha» llamada creacionismo, propia tan sólo de «protestantes fundamentalistas» y de católicos subdesarrollados intelectualmente («espíritus pusilánimes» los llama, con conmovedora caridad, Miguel Crusafont Pairó, un famoso evolucionista católico español).

Según estos tan intrépidos como ingenuos católicos evolucionistas, el evolucionismo moderado se distinguiría del radical, en tres aspectos:

1. El proceso evolutivo habría tenido un *fin* querido por Dios: la aparición del hombre.
2. Todos los seres humanos se habrían originado de *un solo par*.

3. Solamente el *cuerpo* del hombre habría sido producto de la evolución y no su alma, la cual sería creada inmediatamente por Dios.

Ante la objeción, claramente verificable en la literatura científica y de divulgación, de que no existe un solo evolucionista de renombre en el mundo que acepte —en serio y sin evasivas— estos tres puntos, se responde que lo que sucede es que estos autores están «usando» el evolucionismo para respaldar sus posturas filosóficas materialistas y ateas, pero que de ninguna manera esto tiene que ser necesariamente así. Que es posible un evolucionismo «mitigado». Todo es cuestión de «depurar» al evolucionismo de sus contaminaciones materialistas, que serían producto de circunstancias históricas y personales, pero de ninguna manera un elemento estructural de esta hipótesis.

Veamos entonces si es posible un evolucionismo mitigado, sin contaminaciones materialistas accidentales.

Antes de entrar en el análisis propiamente dicho de estos tres puntos, entiendo que es imprescindible, a los fines de la reflexión, que aceptemos que las hipótesis, modelos y teorías, existen independientemente de nosotros. Vale decir, de nuestros gustos, opiniones o deseos.

A lo que apunto con esto es a que, cuando hablamos de evolución o evolucionismo, estamos obligados intelectualmente a aceptar la formulación que de ella dio Darwin y dan hoy los más destacados propugnadores de dicha hipótesis.

En otras palabras: *no somos libres de inventarnos un evolucionismo a nuestro gusto y medida*, porque eso no contribuye a esclarecer el tema, sino a confundirlo en forma irremediable.

Crear un evolucionismo que no existe —a la medida de nuestros deseos— para luego «cristianizarlo», no es sino un ilegítimo recurso dialéctico, que lo único que hace es favorecer la aceptación del *único* evolucionismo que existe.

Porque no hay dos evolucionismos. Al menos en la realidad.

Cabe aclarar que si bien existen algunos científicos que aceptan la evolución en un sentido muy general como una *sucesión cronológica de niveles de organización* y alguna suerte de *conexión* más o menos *ideal* entre ellos, como es el caso de Lecomte du Noüy, Lucien Cuenot, Pierre Grassé y algunos otros, estos autores no son aceptados por el *establishment* evolucionista —cerradamente darwinista (o neodarwinista)— que responde a la escuela anglo-norteamericana, y que es la que lleva la voz cantante en el tema.

Cuando se habla de evolución o evolucionismo, nadie piensa en Lecomte du Noüy o en Pierre Grassé, por ejemplo. Y con toda razón, pues varios de los mejores argumentos contra el evolucionismo provienen de estos autores!

Lo mismo vale para la gran escuela paleontológica alemana (Westenhöfer, Otto Schindewolf, Oscar Kuhn, etcétera) que también, aceptando una forma muy *sui generis* (goetheana) de evolución, formulan en sus obras numerosas e insalvables objeciones contra el evolucionismo darwinista.

No debemos olvidar que las palabras evolución y evolucionismo significaron —desde el principio— cosas muy distintas para los científicos de Europa continental, respecto de sus colegas del área angloparlante.

Y la escuela que se impuso —justamente a partir de la Segunda Guerra Mundial— fue precisamente la anglo-norteamericana, que hoy ejerce una verdadera tiranía en los medios académicos, a escala mundial, y que representa, sin lugar a dudas, la «ortodoxia» evolucionista.

## *Evolucionismo y finalidad*

Como hemos visto, para el evolucionismo «mitigado», el proceso evolutivo habría tenido un fin querido por Dios: el hombre.

Esto significaría entonces que Dios habría dispuesto las leyes de la naturaleza de manera tal, que la materia inanimada pudiera producir una «bacteria», digamos, y que esta bacteria habría podido —a través de toda la variedad de seres intermedios— evolucionar hasta mono y finalmente hasta el hombre.

Vale decir, que la evolución habría sido el *método* del cual se valió Dios para crear al hombre, previo paso por el mono.

Pero si esto fue así, entonces Dios, al disponer las leyes de la naturaleza, tenía ya en su mente la idea del hombre. Objetivo final de la evolución. Porque lo que es último en la ejecución, es lo primero en la intención, ya que si el fin no está de alguna manera al principio, tampoco puede estar al final. Y el fin es lo que mueve al agente a actuar y la finalidad, lo que le da *dirección* al proceso.

Vale decir que la evolución habría sido *planificada o dirigida* para producir al hombre. Al menos el cuerpo del hombre.

¿Es esto bautizable?

Supongo que sí. Pero completamente *inaceptable* para el evolucionismo. Condenado incluso, explícitamente, por el «Syllabus» darwinista.

George Gaylord Simpson, profesor que fue de Paleontología de los Vertebrados en la Universidad de Harvard, y uno de los grandes líderes del evolucionismo contemporáneo, se encarga de esclarecer el punto a los evolucionistas confundidos, con estas palabras:

«Quizá un finalista pudiera creer que la evolución tenía un único objetivo, tal como la obtención del hombre, y se detuvo una vez llegado al mismo. Pero de hecho, *la evolución no es finalista...* El hombre es el resultado impensado de un proceso materialista carente de objetivos, no fue planeado. Es un estado de la materia, una forma de vida, un tipo de animal... *El hombre no era, evidentemente, el objetivo de la evolución, la que con certeza carece del mismo. No podía estar planeado, en una operación totalmente desprovista de planes*»<sup>1</sup>.

El recientemente fallecido Stephen Jay Gould, profesor de Biología, Geología e Historia de la Ciencia en Harvard, y uno de los más famosos evolucionistas actuales, expresa:

«Muchos paleontólogos, yo incluido, consideramos al Homo Sapiens como un minúsculo e *impredecible* vástago del copiosamente ramificado árbol de la vida; un feliz *accidente* del último instante geológico, sumamente improbable de aparecer otra vez, si pudiéramos hacer crecer nuevamente el árbol de la semilla»<sup>2</sup>.

1) George Gaylord Simpson, El sentido de la evolución, EUDEBA, 1977, ps 275, 297, 233.

2) Stephen Jay Gould, Natural history, Marzo 1993, p 20.

Jacques Monod, el brillante biólogo francés, dice por su parte que:

«Sólo el azar está en el origen de toda novedad, de toda creación en la biosfera...

El hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del Universo, de donde ha emergido por *azam*»<sup>3</sup>.

Julián Huxley, a su vez, uno de los doctores máximos de la superstición darwinista en el siglo que pasó, sostiene que:

«Darwin demostró que *no era necesario ningún planificador sobrenatural*; desde que la selección natural podía explicar cualquier forma de vida conocida, *no había espacio para ninguna acción sobrenatural en su evolución*»<sup>4</sup>.

Ernst Mayr, el famoso taxonomista de la Universidad de Harvard —ya retirado— y también, una autoridad indiscutida en estos temas, expresa que:

«Las causas naturales postuladas por los evolucionistas, separaron completamente a Dios de su Creación... El nuevo modelo explicativo reemplazó la *teleología planificada*, por el proceso *fortuito* de la selección natural. Esto requirió *un nuevo concepto de Dios* y una nueva base para la religión»<sup>5</sup>.

3) Jacques Monod, El azar y la necesidad, Tusquets Editores, ps 125 y 190.

4) Julián Huxley, Issues in evolution (v III of Evolution after Darwin, Sol Tax ed, University of Chicago Press, 1960), p 41

5) Ernst Mayr, Science, v 176, Junio 2, 1972, p 988.



Como se ve, las citas son por demás elocuentes y me eximen de todo comentario.

Lo que sí quiero destacar, es que lo arriba expresado no constituye una interpretación «deformada» del darwinismo, producto del ateísmo de los autores citados. De ninguna manera. Esto es una interpretación acabadamente fiel del evolucionismo.

Bástenos simplemente recordar que uno de los postulados fundamentales del evolucionismo darwinista, es que los cambios o modificaciones que habrían brindado la materia prima para la evolución (las mutaciones), fueron *producto exclusivo del azar*. Y azar en sentido absoluto. (Azar esencial, lo llama Monod).

*Sin azar, no hay evolucionismo.* No, al menos como lo formulan los más destacados propugnadores de esta hipótesis, comenzando con el propio Darwin.

Algunos sostienen que si bien las modificaciones son al azar, la selección natural, actuando en una segunda etapa, filtraría ese azar, dando dirección al proceso.

Pero esto es un sofisma.

Además de que esta acción de «filtro», de ser cierta, sólo se aplicaría a la finalidad intrínseca o individual (adaptación), y no a la finalidad extrínseca o universal (la que está en juego aquí), además de esto digo, la selección natural sólo puede actuar sobre las modificaciones que le brinda el azar.

Y de la misma manera que cero, por cualquier otro número, sigue siendo cero, el azar —aun cuando actuase la selección natural— seguiría siendo azar, porque para dar dirección a un proceso hace falta *inteligencia*. Y la selección natural es —por definición— un *mecanismo ciego*, incapaz de dar dirección a nada. Incapaz de eliminar el azar.

Ahora bien, finalidad y azar son conceptos contradictorios y excluyentes.

*Si hay azar, no hay finalidad.* Desde este punto de vista —como vemos— no se puede «mitigar» al evolucionismo.

Por el contrario, *si hay finalidad, no hay azar*. Pero al no haber azar, entonces no hay evolucionismo para «mitigar».

Lo cual es, por cierto, una inevitabilidad filosófica. Porque el evolucionismo darwinista, también llamado transformismo, *niega la realidad de las especies*, pues —como expresa Gilson— decir que las especies son fijas, es una tautología, pero decir que las especies cambian (sustancialmente) equivale a decir que no existen.

Y esto es así, porque en el darwinismo hay una raíz filosófica sin la cual éste es inconcebible, a saber, la negación cartesiana y baconiana de la «*forma sustancial*» o «causa formal», que es lo que configura las especies. Y lógicamente, si no hay «causa formal», no puede haber especies.

Además, al no haber «forma sustancial», lo único que queda es la materia extensa, sólo susceptible de modificaciones puramente mecánicas. Como las mutaciones.

Pero si no hay «causa formal», la noción de «*causa final*» o finalidad o teleología, se hace filosóficamente ininteligible.

Sostener, dentro del contexto de la hipótesis darwinista, que la evolución habría tenido como fin la aparición del hombre, es sólo una expresión de deseos, que está en manifiesta contradicción no sólo con el testimonio prácticamente unánime de sus más famosos propugnadores, sino también con los fundamentos mismos de dicha hipótesis.

Cabe aclarar que la finalidad universal o extrínseca, no se puede demostrar científicamente, ya que es un postulado *filosófico*. Pero si no se puede demostrar, tampoco se puede negar. Al hacerlo, los evolucionistas evidencian, una vez más, el carácter esencialmente filosófico —y no científico— del evolucionismo.

Pero hay más aún.

Hemos visto que la negación de la «forma sustancial» lleva necesariamente a la negación de la «causa final». Y por consiguiente todo es producto del azar.

Pero aquí surge otro problema. Pues el fin, el *para qué*, no se puede separar del *cómo*. Donde no hay fin, el cómo mismo deja de existir, ya que el fin es lo que mueve –por vía intencional– al agente a actuar. De manera que si no hay fin, tampoco puede haber acción, con lo cual se hace ininteligible también la noción de *causa eficiente*, es decir de causalidad<sup>6</sup>. Y si no podemos establecer el principio de causalidad caemos otra vez en el azar como «explicación» de los fenómenos.

Por eso es que el evolucionismo «explica» todo.

Porque no está sujeto al rigor del principio de causalidad.

6) Etienne Gilson, *De Aristóteles a Darwin*, EUNSA, Pamplona, 1976, p 278.

# *Evolucionismo y monogenismo*

**A**nte todo debemos distinguir entre *monofiletismo* (todos los seres humanos son miembros de una misma especie), y *monogenismo* (todos los seres humanos son descendientes de una sola pareja).

El monofiletismo es aceptado universalmente por todos los científicos, evolucionistas o no evolucionistas. No así el monogenismo que no es aceptado por los evolucionistas.

Y esto, nuevamente, no es el producto de una interpretación «materialista» o «atea» del evolucionismo.

Esto pertenece a la misma coherencia interna de la hipótesis.

De acuerdo al dogma darwinista, el hombre desciende del mono. Hecho éste que generalmente se enmascara mediante el uso del término «antecesor común» del mono y del hombre, que habría dado así origen a ambos. Lo cual, o es sólo un síntoma de la delicuescencia mental que el evolucionismo ha provocado en muchos cerebros o, en su defecto, un subterfugio dialéctico para engañar a los desprevenidos. En el contexto de la hipótesis darwinista, *el supuesto «antecesor común» no es ni puede ser otra cosa que un mono.*

De manera que lo de Dios creando al hombre del polvo de la Tierra, del relato del Génesis, nos dicen los muy científicos y

esclarecidos católicos evolucionistas, debe interpretarse en sentido metafórico, para expresar que el hombre se habría originado por un proceso de «hominización» a partir de una forma animal preexistente (el mono, claro). Una suerte de imagen antropomórfica, destinada a mentalidades primitivas que, según parece, no habrían podido entender —si este hubiera sido el caso— que Dios produjera hombres a partir de monos, y sí «entender», en cambio, que Dios formara al hombre del polvo de la Tierra.

Ahora bien, y en esto los evolucionistas son categóricos: no son los *individuos* los que evolucionan, sino las *poblaciones*. Vale decir, que en ningún momento *un* mono, o un mono y una mona, se habrían transformado en seres humanos, sino que manadas de monos (¿manadas se dice?) en distintas partes del mundo, habrían dado origen a seres humanos.

Y efectivamente, no podría haber sido de otra forma.

Si las fuerzas de la naturaleza transformaron alguna vez monos en hombres, eso habría obedecido entonces a la acción de las *leyes naturales*. Y los efectos de las leyes son siempre *universales*.

Es imposible, por consiguiente, que de todos los monos sometidos por igual a una supuesta ley o tendencia hominizante, sólo uno o dos, se hubiesen transformado en seres humanos. Esto sería un fenómeno particular. Y no hay leyes sobre lo particular. Las leyes —insisto— son siempre universales.

Si sólo *dos* monos (¡y justo macho y hembra! ¡y en el mismo momento! ¡y en el mismo sitio del planeta! Qué suerte...) se transformaron en seres humanos, este fenómeno habría sido entonces una *flagrante excepción* a las leyes naturales.

Esto, además de constituir un verdadero milagro, está en franca contradicción con el evolucionismo darwinista y su categórica insistencia en que todas las transformaciones de los seres vivos son producto de las mutaciones y la selección natural. E insisto. ¿Cómo puede ser que de todos los monos sometidos a los mismos

factores evolutivos ¡sólo dos! se hayan transformado en seres humanos? ¿Y los otros qué? ¿De espectadores?

Desde el punto de vista darwinista esto es —y con toda razón— completamente inaceptable.

Ahora bien. Esto destruye de raíz el *monogenismo*. Vale decir, el postulado —indiscutible para un católico— de que todos los seres humanos descendemos de una *primera pareja*. De un hombre y una mujer concretos, históricos, reales.

Ni qué hablar si nos metemos un poco más en profundidades y pretendemos conciliar el evolucionismo con el relato bíblico de la creación, primero de un hombre, y luego —a partir de una porción de su propio cuerpo— de una mujer (!) (Eva siempre ha sido un problema...).

Cualquier cosa que esto signifique, obviamente es imposible conciliarlo con ninguna forma de generación conocida en el mundo animal.

Pero si no hubo una primera pareja humana, ¿qué pasa con el *dogma* del pecado original?

El pecado original —como enseña el catecismo— es *uno* en su origen, es decir, cometido por un solo Adán y se transmite por *generación*, no por imitación. Es decir, no por copia, sino por descender genéticamente del primer hombre. A la manera de una enfermedad espiritual hereditaria.

Si no hubo una primera pareja humana —como pretende el darwinismo— se hace insostenible el *dogma* del pecado original. Al menos como lo ha enseñado la teología tradicional.

Por cierto que este problema es inmediatamente diluido —por aquellos que pretenden conciliar evolucionismo y cristianismo— con el argumento de que el relato del Génesis debe ser interpretado «simbólicamente»; que Adán y Eva es un término para designar «el conjunto de los primeros padres»; que el pecado original es simplemente el residuo de nuestras tendencias animales (¡qué poco saben estos genios sobre los

animales!); que la creación de Eva a partir de Adán significa *únicamente* la igualdad de los sexos, en fin, que todo es simbólico.

Hecho éste que al parecer no fue advertido por San Pablo (Romanos 5, 12), ni por el Concilio de Trento, que analizó exhaustivamente estos textos. Ni tampoco por Pío XII, quien en su celebérrima encíclica *Humani Generis* afirma que los relatos del Génesis pertenecen al género *histórico* verdadero y deben ser interpretados *literalmente*, a menos que su sentido repugne a la recta razón, reafirmando en este sentido lo definido por la Comisión Bíblica Pontificia en su dictamen de 1909 y también en la respuesta a la carta del cardenal Suhard de 1948<sup>7</sup>.

Es más. En *Humani Generis*, Pío XII rechaza explícitamente la hipótesis de que «Adán» signifique «el conjunto de los primeros padres», es decir, el *poligenismo*<sup>8</sup>.

De más está decir que algunos católicos evolucionistas sostienen, sin el más mínimo sobresalto, que el dogma del pecado original no está necesariamente ligado al monogenismo, y que se lo puede repensar a partir del poligenismo.

Así, el P. Luis Armendáriz, que es un teólogo español comentarista del Concilio Vaticano II y uno de los colaboradores en la obra «La Evolución», de la B.A.C. se pregunta si la vinculación entre monogenismo y pecado original:

«es lo que de verdad enseñan esos dos textos bíblicos? (Gén. 2, 7 y Rom. 5, 12) o, más bien lo que en ellos leyó el Concilio Tridentino *rutinariamente...* arrastrados (los padres del Concilio) por un *hábito mental incontrolado...* y la *deficiencia de la exégesis* científica de aquella época... (Todo lo cual) nos obliga

7) H. Denzinger, 3897, 3898, 3512-3514, 3862-3864, Herder, Barcelona, 1999.

8) H. Denzinger, 3897, Herder, Barcelona, 1999.

a constatar que no podemos hoy compartir la lectura *ingenua...* de esos pasajes que se dio en el Concilio. (De Trento).

«...la lectura que el Concilio de Trento y la Humani Géneris hacen del Génesis y de Pablo (¿San? Pablo...), ¿es *suficientemente* religiosa, *suficientemente* cristiana?»<sup>9</sup>

Pareciera que no.

Afortunadamente —según este autor— el Concilio Vaticano II habría venido a remediar esta grave falencia, sugiriendo una nueva visión del tema, y así este pichón de teólogo nos informa que:

«El hombre original no es Adán sino Cristo. El paraíso original no se dio al *comienzo* (?) sino que tendrá lugar cuando el Señor venga (!) El pecado original *habrá de ser*, ante todo, *indigencia* (?) de ese Cristo y de ese *futuro*, y rechazo de ellos»<sup>9 bis</sup>. (Énfasis y estupor, míos. R.O.L.)

Lo cual, si las palabras todavía significan algo, quiere decir lisa y llanamente que no tendríamos pecado original.

¡Y uno todavía haciendo bautizar a los críos!

Pero en fin, esto nos indica, una vez más, que evolucionismo y pecado original no se pueden conciliar.

De todas maneras, este es un tema que escapa a los límites de este trabajo, por ser patrimonio exclusivo de teólogos. Si desde el punto de vista teológico se puede compatibilizar el dogma del pecado original con el poligenismo, entonces se puede también —a nivel especulativo, claro— plantear la posibilidad de armonizar evolucionismo y Cristianismo en este punto. Si no se puede, la discusión queda cerrada. Definitivamente.

<sup>9</sup> y <sup>9 bis</sup>) Luis Armendáriz, S.I. La evolución, B.A.C., 1976, ps 978, 976, 982, 988.



No obstante, y sin ánimo de hacer «exégesis», sino realizando una lectura objetiva y sin prejuicios, «ingenua», por así decir, del libro del Génesis, es necesario hacer una extremada violencia al texto, para interpretar que en realidad lo que se nos está diciendo en este relato, es que los hombres se originaron en forma natural a partir de monos (!)

Esto, más que hacer una interpretación simbólica del Génesis, pareciera que equivale a sostener que lo allí expresado no tiene nada que ver con la realidad.

Para que exista un símbolo tiene que haber alguna semejanza o correspondencia —que el entendimiento percibe— entre una imagen y un concepto. Cosa que aquí no existe.

Si el libro del Génesis debe ser interpretado como lo proponen algunos católicos evolucionistas, entonces este libro no se trata ya de un conjunto de imágenes «antropomórficas» de la creación del hombre destinado a mentes «primitivas», sino lisa y llanamente de una fuente de información errónea.

Por otra parte, si las cosas sucedieron efectivamente así (los monos transformándose en hombres) ¿por qué el escritor sagrado no lo dijo? ¿O por qué no dijo simplemente que Dios creó al hombre? ¿Para qué entrar en tantos detalles? (la tierra, la costilla...). A menos que estos «detalles» signifiquen cosas reales, aunque incomprensibles en sí mismas.

Ahora, si aceptamos esta interpretación «simbólica» del relato de la creación del hombre del Génesis, que proponen ciertos católicos evolucionistas, sería interesante que nos informaran en qué parte del Génesis, termina el «simbolismo». Es más, en qué parte de la Sagrada Escritura.

Pues de más está decir que el Génesis no es de ninguna manera el único lugar donde se afirman estas cosas. No me refiero por cierto a la aseveración de que el hombre fue hecho del polvo de la tierra (de esto está llena toda la Sagrada Escritura), que por el momento le pido lector que la aceptemos como una metáfora

para decir que, en realidad, fue hecho a partir de una forma animal preexistente. No.

Me refiero a la afirmación concreta del *monogenismo*, es decir, a la existencia de un Adán histórico, y que se hace difícil ver cómo se podría interpretar simbólicamente, significando humanidad.

El libro de la Sabiduría habla de un *primer hombre* (7, 1) y reitera que este primer hombre *estaba solo* cuando fue creado (10, 1). Tim. I, 2, 13 dice que *primero* fue formado Adán y *después* Eva.

Cor. I, 15, 45-47, habla de un *primer hombre*, y Cor. I, 11, 8 y 12 dice que *la mujer procede del varón* y no el varón de la mujer.

Lucas 3, 38, *traza la genealogía de Jesucristo hasta Adán*. ¿Y qué sentido tiene una genealogía, sin un Padre común?

⇒ Hechos, 17, 26, dice que Dios hizo de *uno* todo el linaje humano, y finalmente, la carta magna del monogenismo: Romanos 5, 12.

¿Cómo se hace para interpretar todo eso «simbólicamente»?

# Evolucionismo e hilemorfismo\*

*E*s casi de rigor escuchar en muchos ámbitos católicos, afirmaciones muy sueltas de cuerpo en el sentido de que mientras se acepte la creación directa del alma humana por parte de Dios, no habría ninguna dificultad en admitir el origen evolutivo del cuerpo.

Pero sí que la hay. Y muy seria. Por cuanto este origen evolutivo del cuerpo humano, aceptado con tanta ligereza por algunos católicos y en especial por ciertos teólogos «tomistas», no sólo plantea problemas científicos insuperables (que no es el caso analizar aquí), al igual que la inevitable cuestión teológica del poligenismo, sino también problemas de orden propiamente filosófico, que se suponen no se le tendrían que escapar a un teólogo. Especialmente a un teólogo tomista.

Y el problema radica en el hecho de que *ningún ser viviente inferior puede producir por su propia virtud, el cuerpo humano*. Afirmar lo contrario sería lo mismo que negar la necesaria *proporción* que debe existir entre la *causa* y el *efecto*. Proporción que imposibilita

---

\*Hilemorfismo: teoría creada por Aristóteles y seguida por la mayoría de los escolásticos, según la cual todo cuerpo está constituido por dos principios esenciales: la materia y la forma.

que un ser *rebase los límites de su propia causalidad*, produciendo efectos de un orden *superior* al de su *propia forma*<sup>10</sup>.

Nadie puede dar lo que no tiene.

Un cuerpo animal sólo es capaz de albergar un alma animal (sensitiva). Un alma humana (intelectiva o racional) sólo puede estar presente en un cuerpo humano.

(Aclaro, por las dudas, que esto no es «religión» sino sólo metafísica).

El origen evolutivo del cuerpo humano sería aceptable únicamente en el caso de que la evolución fuese *finalista*. Pues en este caso *Dios estaría actuando en forma inmanente* —a través de las leyes naturales— y entonces se daría sí, la necesaria proporción entre causa y efecto. Pero es completamente inaceptable si la evolución no es *finalista*.

Y la evolución no lo es. No sólo por lo que hemos visto anteriormente, sino porque la *finalidad* que realmente existe en la naturaleza, no tiene absolutamente nada que ver con la evolución darwinista; esto es, con la *transformación* de unas especies en otras, sino con la *conservación* de las mismas en su configuración específica, es decir, en su forma sustancial.

Sostener que el cuerpo del hombre se habría originado a partir de una forma viviente inferior, por la sola acción de las fuerzas naturales, equivale a renunciar al principio de causalidad y a los principios del ser, que son los mismos que los de la recta razón.

Esto en cuanto a los problemas que el origen del cuerpo humano debería suscitar en un pensador católico.

Pero tengamos presente además que el evolucionismo pretende explicar el origen de *todo* el hombre.

No sólo de su corporeidad. No. La totalidad del mismo: soma y psiquis; cerebro y mente; cuerpo y alma.

10) Santiago Ramírez, O.P., Suma Teológica, B.A.C. Introducción a las cuestiones 90 y 92.

Julián Huxley, durante el gran Simposio mundial llevado a cabo en la Universidad de Chicago en 1959 para conmemorar el centenario de la aparición de «El origen de las especies», y en donde fue el orador principal, sostuvo entre otras cosas, lo siguiente:

«El cuerpo humano, la mente, el alma, y todo lo que se ha producido... es enteramente resultado de la evolución...»<sup>11</sup>. No hubo un momento súbito, durante la historia evolutiva, en que el espíritu fue infundido en la vida, de la misma manera que no hubo un momento particular en que fue infundido en usted»<sup>12</sup>.

Es por ello que todos los autores evolucionistas –comenzando por Darwin– son unánimes en sostener que las diferencias entre la mente de un mono y la mente de un hombre, son sólo de *grado* y no de *naturaleza*.

A este respecto, Stephen Jay Gould, dice:

«Estamos tan atados a nuestra herencia filosófica y religiosa que seguimos buscando algún criterio de división estricta entre nuestras capacidades y las del chimpancé... La única alternativa honrada es admitir la existencia de una *estricta continuidad cualitativa* entre nosotros y los chimpancés. ¿Y qué es lo que salimos perdiendo? Tan sólo un *anticuado* concepto del alma...»<sup>13</sup>.

En la concepción evolucionista, el espíritu del hombre es también el producto emergente de las mutaciones y la Selección Natural. Vale decir, de la materia.

11) Ref. 4, p 253.

12) Ref. 4, p 45.

13) Stephen Jay Gould, Desde Darwin, Herman Blume ed Madrid, 1983, p 53.

Precisamente, éste fue el punto de conflicto —y de ruptura— entre Darwin y Wallace, el codescubridor de la teoría de la selección natural.

Este naturalista —que desde ya digamos era un pensador mucho más profundo que Darwin— después de observar el grado de desarrollo intelectual de varias tribus «primitivas», llegó a la conclusión de que, en lo que respecta a las facultades intelectuales, la hipótesis de la selección natural *no se cumplía*, pues la capacidad intelectual de dichas tribus, era *esencialmente idéntica* a la de los occidentales modernos.

Es decir, que las facultades intelectuales de los miembros de esas tribus primitivas, se habían desarrollado con *anticipación* a cualquier eventual aplicación o necesidad utilitaria de «supervivencia».

Esto era un golpe mortal para la teoría de la selección natural, y Wallace así lo entendió. Y por ello terminó sus días afirmando que este hecho indicaba la existencia de una *Inteligencia* suprema, que explicaría la naturaleza de la inteligencia humana.

No así Darwin, quien reaccionó bastante ásperamente, acusando a Wallace de haber caído en el «misticismo». Entendiendo por ello alguna suerte de reblandecimiento cerebral.

A propósito, esto pareciera haberle costado a Wallace, codescubridor junto con Darwin de la teoría de la selección natural, el haber sido sepultado en el olvido.

De todas maneras, algunos evolucionistas católicos, en un esfuerzo por salvaguardar la creación directa del alma humana por parte de Dios, y para evitar también el problema del poligenismo, optan por decir que Dios habría «tomado» un mono y le habría infundido un alma de hombre. Lo de «polvo de la tierra» recordemos, es simbólico, y debe ser entendido como una forma animal preexistente. (El mono, por cierto).

Un primer problema salta inmediatamente a la vista. Pues el Génesis dice que al serle infundida *el alma* (aliento de vida) a *la arcilla* (esto es, al «mono»), «*el hombre se transformó en un ser viviente*».

Es decir que antes *no* era un ser viviente.

En cuyo caso el mono tendría que haber estado *muerto*...

Ahora, si «polvo de la tierra» en realidad significa mono, entonces, cuando la Sagrada Escritura dice unos versículos más adelante que después de la muerte nos convertiremos en polvo, no veo francamente la razón para no concluir que después de la muerte deberíamos convertirnos en alguna suerte de mono.

Lo cual, de ser cierto, plantearía no pocos problemas teológicos, filosóficos, científicos y funerarios.

Le ruego me disculpe, lector, la chanza, pero si en Génesis 2, 7 «*polvo*» significa «*mono*», ¿cuál sería el fundamento racional para que en Génesis 4, 19 «*polvo*» no signifique también mono? ¿Qué seriedad intelectual y exegética hay en todo esto?

Pero dejemos de lado todas estas objeciones escandalosamente «literalistas» y aceptemos que Dios tomó un mono y le infundió un alma humana.

El problema es que por el *principio hilemórfico* de la necesaria proporción que debe existir entre *materia* y *forma*, no puede haber alma de hombre en cuerpo de mono (ni el mismo Dios podría hacer esto...).

Por consiguiente, si Dios tomó un mono para infundirle un alma de hombre, en ese mismo instante, previo quitarle el alma de mono, *tendría que haber transformado el cuerpo del mono en el cuerpo de un hombre*, para que hubiese así una *materia* (cuerpo) capaz de recibir su *forma* apropiada (alma), y producir de esta manera al hombre, en el cual están indisolublemente unidos el cuerpo y el alma, formando una sola unidad sustancial.

Pero si esto fue así, entonces la transformación del cuerpo de un mono en el cuerpo de un hombre, no se debió en absoluto a